

Aurora Venturini

LOS RIELES

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

AURORA VENTURINI
LOS RIELES

TUSQUETS
EDITORES

Las situaciones dolorosas, difíciles, conllevan territorios insondables guardados subconscientemente, que al surgir en estado de vigilia todavía brumosa, desconciertan. Vienen a mi memoria los rieles soñados de un ferrocarril.

Tal vez aparecieron durante las horas que ocuparon mis intervenciones quirúrgicas. Trato de exhumarlos de mi interior confuso y uno a uno huyen cual peces lábiles de la red. Luego, insisto.

Entonces extasío cierta calma fría antes percibida, extraordinariamente experimentada en pose de sentada entre dos vías de dos trenes cuyas lamentaciones recorren territorio de pampa muy lisa, viniéndose hacia la orilla del río.

Estoy sentada, ya lo escribí. Ahora agrego que el húmedo paisaje fluvial inunda los rieles y moja hasta mi espalda. El hecho no molesta. Permanezco.

En eso se acerca el médico cuyo apellido es Viscuso, junto a una enfermera.

De tal patética manera, me enteré de la existencia del cirujano que me intervenía y vi a su ayudante.

En ningún momento sufrí.

Es lo que confunde, dado que ese profesional de la medicina dejó huella importante en el abdomen.

¿Cómo es posible tener conciencia exacta de unas personas y pasar inadvertida una operación gastrointestinal profunda? ¿Acaso podrán colarse en las tramas subconscientes los acontecimientos desde el mismo horario en que ocurren? Pero la sensación espantosa del bisturí no entra, borrada como por una piedad caritativa...

Yo estaba expuesta a la intemperie de un día invernal, cerca de la estación, y de pronto veía la cúpula del edificio que ficciona un barco. Había personas que observaban y sus charlas eran otras hojas desprendidas de árboles amarillos en sus copas; caían alrededor, sumando pena a mi desconsuelo.

En vida consciente, anduve por las zonas agrestes que extasiaron mis sentidos; voces guardadas nombraban mencionándome. Puertas de madera muy pesada aparecieron y uno de los que habitaban la gran casa abrió y cerró de inmediato.

Las pálidas nubes bajas casi tocaban el desamparo de la criatura sentada en el agua que estancaban los fierros.

Creo, aunque no con seguridad, que algo dolió; un cortante paso que cortaba la epidermis y seguía curso agresivo hacia adentro.

Vagué entre humareda proveniente de fogatas encendidas por los lugareños para quemar vegetación seca y ramas podadas. En tales figuraciones fui perdiéndome hasta desaparecer de mí misma.

Ya en el límite de todas las edades relataré a fondo mi estada en aquel sitio tan excepcional cuan horrendo. Percibo que pronto dejaré el ser y seré en apariencia otra cosa, o nada. Prefiero para el caso lo último anotado...

De la caída incalificable, resultó la recuperación de alguien endeble y temeroso, irreconocible. Tal mi cambio y desvarío.

Antes fui valiente y brillante.

Hoy me asusta cualquier rumor del viento en los huecos de una pared, y la voz humana tonante enardece fogatas de pánico. La palabra de naturaleza incisiva me lastima e inocular sabor acibarado, devenido del hígado enfermo.

Padezco pasajera ceguera a causa de la agresividad que ataca desde los colores: rojo y carmín, por ejemplo. Los olores provenientes de las quemas de hojas secas, papeles, hilados y otras mentas también me desaforan. Me he desdoblado en sujeto cautivo de un sonambulismo errático en la más densa penumbra.

Los hados me abandonaron.

Cruelles espejos devuelven ante mí otra persona. Amable y paciente lector, todo cuanto pasaré a contar es cierto. Apelo a tu buena voluntad. No me hagas a un lado como han hecho personas de mi más próximo mundo circundante. No te conviertas en uno de ellos. ¿Qué haría yo en tal caso espantoso? ¿Qué haría en un maldito desierto?

Desde los amargos sucedidos, amargo pasar recorre mi columna vertebral. Chirrían mis huesos que ya caen y no sostienen porque en cada una de las coyunturas a la vez chirría una prótesis.

Caí desde mi estatura, de un metro setenta, al piso de cerámica. Desde entonces, ahí habita el terror que invade cuerpo y ánima: el asesino.

No sumaré a mi escrito fantasía, creacionismo, poesía, aunque la crudeza de tal exposición te cause ansiedad y pavora.

No imaginas lo difícil que es volcar en la redacción de los asuntos la verdad desnuda; los acontecimientos arreciarán pedrea en tu delicadeza.

Antes pensé en la fatalidad de la muerte (vocablo que evito) como en un universal diván acogedor de sueño eterno.

Luego de mi caducidad psicofísica, le temo. No temo a la muerte necesaria y maternal, sino a despertar en el más allá por mí ya comprobado. Todo lo

viviente es mortal: humano, animal, vegetal. Ignoro si habrá evolución en el reino mineral.

Sufría cuando invadí de repente el antro.

Vi rumor de huesos quebrados, huesos astillados cuando penetré de un solo bajón el ámbito desconocido.

Ojalá, lector atento, jamás te acerques siquiera a la superficie del averno.

Desde ahora te informo que su bocaza y horrenda entraña aguardan.

¡Infelices quienes lo merezcan!

Lo merecí, de ahí mi permanencia de tres días con sus noches.

Los avatares más tremendos y humillantes son preferibles a mi maldita estada en el lugar, que no es el que abrió la mano del hombre valiéndose del Alighieri sino el infierno de Catalina de Siena.

Destina Dante su infiernillo bellamente espantoso a los políticos y señores de su siglo renacentista. Opino que tanto aquellos como sus seguidores a lo largo de los tiempos merecieron y merecen ser horneados por lo que dicen y hacen (ayer y siempre) con el único fin de amasar monstruosas fortunas. Basura. No valían la gloria de los tercetos. Vano... vanidad de vanidades: fantasías.

Abandonemos esta inmundicia que viajó en barcos, carrozas, en tránsitos dorados tirados por lebreles y corceles, en automóviles...

Ingenuo Dante Alighieri, aún exiliado en Ravena.
Caí desbarrancada al infierno de Catalina de
Siena: al horroroso y temible espectáculo por ella
relatado, ilustrado, patético.